

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

La Nueva Jerusalén: la máxima consumación del edificio de Dios (Mensaje 12)

Lectura bíblica: Jn. 1:14; 2:19-21; Ap. 21:3, 22; 2 S. 7:12-14a; Ro. 1:3-4; 8:28-29

- I. La Nueva Jerusalén es la máxima consumación de la obra de edificación en la que Dios se forja en el hombre y el hombre es forjado en Dios, lo cual da por resultado la edificación de un magnífico Dios-hombre corporativo que es la morada mutua de Dios y el hombre, la incorporación universal del Dios Triuno procesado y consumado y el hombre tripartito procesado y consumado—Jn. 1:14; 2:19-21; Ap. 21:3, 22.
- II. En 2 Samuel 7:12-14a encontramos una profecía en tipología que revela que el deseo que Dios tiene en Su corazón es forjarse en el hombre (Dios llega a ser hombre) y forjar al hombre en Dios (el hombre llega a ser Dios), con miras a la edificación de un magnífico Dios-hombre corporativo, la Nueva Jerusalén:
 - A. El hecho de que la simiente de David (v. 12) llegara a ser el Hijo de Dios (v. 14a) equivale a que Dios se forje en el hombre y forje al hombre en Dios con miras a la edificación de la casa de Dios, la cual es la morada mutua de Dios y el hombre (v. 13); éste es el cumplimiento de la profecía más grande que hay en la Biblia—Ro. 1:3-4; Mt. 16:18.
 - B. Cristo “era del linaje de David según la carne” (en la encarnación, Dios se forjó en el hombre), y “fue designado Hijo de Dios” (el hombre es forjado en Dios en la resurrección)—Ro. 1:3-4:
 1. Por medio de la encarnación, Cristo, el Hijo unigénito de Dios en Su divinidad (Jn. 1:18), forjó a Dios en el hombre, en el linaje de David, para llegar a ser la simiente de David, el hijo de David.
 2. En la resurrección, la humanidad de Cristo fue deificada,

hijificada, lo cual significa que Él llegó a ser el Hijo de Dios, no solamente en Su divinidad sino también en Su humanidad; en la resurrección, Él fue designado Hijo de Dios, es decir, fue hecho el Hijo primogénito de Dios, que poseía tanto divinidad como humanidad—Ro. 1:3-4; 8:29.

3. Si una simiente muere al ser enterrada, con el tiempo brotará, crecerá y florecerá en resurrección, debido a que la operación intrínseca de la vida contenida en la simiente se activa simultáneamente con la muerte; en la resurrección Cristo “floreció” como el Hijo primogénito de Dios, y también llegó a ser el Espíritu vivificante a fin de impartirse, forjarse, a Sí mismo como vida en nuestro ser para hacerse nuestra constitución intrínseca—Jn. 12:23-24; Hch. 13:33; 1 P. 3:18.

III. Nosotros, quienes somos del linaje humano, estamos llegando a ser hijos de Dios y, como tales, poseemos divinidad y estamos siendo “divinizados” en nuestra humanidad mediante el proceso metabólico de transformación; este proceso metabólico es la edificación de la iglesia como Cuerpo de Cristo y casa de Dios, la cual se lleva a cabo al forjarse Dios en el hombre y al ser forjado el hombre en Dios, la consumación de lo cual será la Nueva Jerusalén como el magnífico Dios-hombre corporativo, el conjunto, la totalidad, de todos los hijos de Dios—He. 2:10; Ap. 21:7; Ro. 8:28-29:

- A. La vida del Hijo de Dios ha sido sembrada en nuestro espíritu; ahora nosotros, al igual que una simiente que ha sido sembrada en tierra, debemos pasar por el proceso de la muerte y la resurrección—v. 10; Jn. 12:24-26:
 1. Perder la vida de nuestra alma por medio de la muerte hace que nuestro hombre exterior sea consumido pero, por otra parte, causa que la vida que está en nuestro interior crezca, se desarrolle y, finalmente, florezca; en esto consiste la resurrección—1 Co. 15:31, 36; 2 Co. 4:10-12, 16.
 2. Cuanto más crecemos en la vida divina —lo cual redundará en nuestra transformación en vida—, más somos designados hijos de Dios con miras a que seamos deificados para formar parte del edificio de Dios—1 Co. 3:9:
 - a. Si hemos de crecer, debemos alimentarnos con la

leche de la palabra dada sin engaño y con el alimento sólido de la palabra—1 P. 2:2; He. 5:12-14.

- b. Si hemos de crecer, es necesario que los miembros dotados nos “rieguen”—1 Co. 3:6b; Jn. 7:37-39; Pr. 11:25.
 - c. Por causa de todas las cosas de nuestro entorno y mediante nuestros fracasos, nuestro repugnante yo es derribado, y el Señor tiene mayor oportunidad para hacer Su obra en nosotros—Ro. 8:28-29.
 - d. Un día este proceso concluirá, y por la eternidad nosotros seremos iguales a Cristo, el Hijo primogénito de Dios, en nuestro espíritu, alma y cuerpo—1 Jn. 3:2; Ro. 8:19, 23; *Himnos*, #433, estrofa 2.
- B. En la resurrección, Cristo fue designado Hijo de Dios en Su humanidad, y por medio de esta resurrección nosotros también estamos en el proceso de ser designados hijos de Dios—Ro. 8:11; cfr. Os. 6:1-3:
1. Este proceso en el cual somos designados, hijificados, deificados, es el proceso de la resurrección, que consta de cuatro aspectos principales: la santificación, la transformación, la conformación y la glorificación—Ro. 6:22; 12:2; 8:29-30.
 2. La clave del proceso en el cual somos designados hijos de Dios es la resurrección, la cual es el Cristo que mora en nosotros y que, como tal, es el Espíritu que resucita, el Espíritu que designa, el poder de vida presente en nuestro espíritu—Jn. 11:25; Ro. 8:10-11; Hch. 2:24; 1 Co. 15:26; 5:4:
 - a. Tenemos la urgente necesidad de aprender a andar conforme al espíritu, a disfrutar y experimentar al Espíritu que designa—Ro. 8:4, 14.
 - b. Cuanto más contacto tenemos con el Espíritu, más somos santificados, transformados, conformados y glorificados, a fin de que lleguemos a ser Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad, por el bien de la edificación del Cuerpo de Cristo, lo cual tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén—1 Co. 12:3; Ro. 10:12; 8:15-16; Gá. 4:6.
- IV. Mientras laboramos para Dios hoy, debemos participar en la obra de edificación que Él está llevando a cabo, a saber, la constitución

intrínseca formada al ser forjado el elemento divino en el elemento humano y al ser forjado el elemento humano en el elemento divino—Jn. 14:20; 15:4a; 1 Jn. 4:15:

- A. Nuestra necesidad es que Dios, en Cristo, se forje en nosotros, de modo que nuestro corazón, nuestra constitución intrínseca, llegue a ser Su hogar—Ef. 3:16-19.
- B. Necesitamos poner en práctica una sola cosa: ministrar al Dios Triuno procesado y consumado en otros, de manera que Él pueda forjarse en el hombre interior de ellos; debemos orar pidiendo al Señor que nos enseñe a laborar de esta manera—2 Co. 13:14; 1 Co. 3:9a, 10, 12a.
- C. Cuando edificamos la iglesia con el Dios Triuno procesado y consumado, no somos nosotros quienes realmente edificamos; más bien, es Dios quien edifica mediante nosotros, valiéndose de nosotros como el medio a fin de impartirse y transmitirse a otros—Hch. 9:15.
- D. La consumación de este proceso de edificación será la Nueva Jerusalén por la eternidad, en la cual los redimidos de Dios serán el tabernáculo donde Dios podrá morar y Dios mismo será el templo donde Sus redimidos podrán morar—Ap. 21:3, 22.

MENSAJE DOCE

LA NUEVA JERUSALÉN: LA MÁXIMA CONSUMACIÓN DEL EDIFICIO DE DIOS

Oración: Señor Jesús, te amamos. Gracias por Tu misericordia para con nosotros. Gracias por hablarnos en estos mensajes. Señor, queremos consagrarnos a Ti ahora mismo. Nuevamente oramos que nos concedas conocerte como el Dios de la casa de Dios. Te entregamos nuestro ser y nuestras vidas para Tu edificación. Nos consagramos para amarte a fin de que obtengas Tu edificio. Te entregamos este mensaje final. Oramos los unos por los otros. Incluso oramos pidiéndote que nos fortalezcas con poder por Tu Espíritu en nuestro hombre interior de tal modo que puedas edificar Tu ser en el nuestro. Señor, te necesitamos. O Señor, nuestros ojos están puestos en Ti como Aquel que ha de hablarnos. Incluso te pedimos que estés con nosotros para recibir Tus palabras. Concédenos tener un oído que oiga lo que Tú hablas hoy a las iglesias. Oramos pidiéndote que los corazones de todos nosotros estén completamente vueltos a Ti y que los velos nos sean quitados a fin de que podamos ver como nunca antes, cuál es el deseo de Tu corazón. Nuevamente, te decimos Señor Jesús, que te amamos. Te amamos con miras a Tu edificación.

EL “DIAMANTE” EN LA “CAJA” DE LA BIBLIA ES LA REVELACIÓN DE QUE EN CRISTO, DIOS SE HIZO HOMBRE A FIN DE QUE EL HOMBRE PUEDA SER HECHO DIOS EN VIDA Y NATURALEZA, MAS NO EN LA DEIDAD

El “diamante” en la “caja” de la Biblia es la revelación de que en Cristo Dios se hizo hombre a fin de que el hombre pueda ser hecho Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad (2 S. 7:12-14a). Es de suma importancia que veamos cómo en la Palabra de Dios los versículos aquí citados de 2 Samuel 7 nos revelan el “diamante” que contiene la “caja” de la Biblia.

“...Yo levantaré después de ti a uno de tu linaje...” (v. 12).

“Él edificará casa a Mi nombre...” (v. 13).

“Yo le seré a él Padre, y él me será a Mi hijo...” (v. 14).

En 1994, casi al final de su ministerio, el hermano Lee llegó a la cúspide de la revelación divina. Fue entonces que él compartió con nosotros estos versículos maravillosos, los cuales son una profecía en tipología que nos muestra la edificación de Dios en el hombre y del hombre en Dios con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo. La edificación del Cuerpo de Cristo es la edificación de la Nueva Jerusalén, el gran Dios-hombre corporativo que existe en este universo. Esta cúspide de la revelación divina es que Dios se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, con miras a la edificación del Cuerpo de Cristo cuya consumación es la Nueva Jerusalén.

Cuando el hermano Lee comenzó a compartir sobre la cumbre de la revelación divina, cierta persona publicó un folleto con el fin de atacar esta verdad, atacando este “diamante” contenido en la “caja” que es la Biblia. El hermano Lee se sintió urgido a refutar estas acusaciones; así que pidió a cuatro hermanos de la sección editorial del *Living Stream Ministry* que redactaran una respuesta a tales ataques. Lo que escribieron estos hermanos fue compilado y publicado en 1994 bajo el título: *The Truth concerning the Ultimate Goal of God's Economy: A Refutation of J. S.'s Slanderous Accusations* [La verdad concerniente a la meta máxima de la economía de Dios: Una refutación a las calumnias de J. S.]. Estos escritos trataban principalmente sobre la cumbre de la revelación divina, el “diamante” en la “caja” que es la Biblia. El hermano Lee tuvo un gran aprecio por lo que estos hermanos escribieron en defensa de tal verdad.

Al reflexionar sobre esta verdad colosal basada en 2 Samuel 7:12-14a debemos hacerlo con un espíritu de oración a fin de que podamos ver algo de manera nueva y fresca. La primera vez que el hermano Lee impartió esta revelación basada en 2 Samuel 7 fue con ocasión del entrenamiento en el que se dieron los mensajes del Estudio-vida de 1 y 2 Samuel. Les recomiendo que con mucha oración lean del mensaje 23 al 31 del *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel* así como las notas de pie de página a estos versículos de *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro]. Ciertamente necesitamos un espíritu de sabiduría y revelación para ver esta verdad (Ef. 1:17). Incluso si estuvimos

presentes en las reuniones en las cuales el hermano Lee compartió estas cosas, y si ya leímos los mensajes del Estudio-vida, todavía es necesario que abramos nuestro ser al Señor a fin de poder ver más.

En 2 Samuel 7 vemos que David quería edificar una casa para Dios. Sin embargo, Dios le dio a entender a David: “Tú no puedes hacer nada para Mí; más bien, es necesario que Yo haga algo para ti”. Entonces Él le hizo una promesa a David, diciéndole: “Yo levantaré después de ti a uno de tu linaje” (v. 12). Aquí, “tu linaje” se refiere al linaje de David. Con respecto al que era del linaje de David, o sea, a la simiente de David, el Señor dijo: “Él edificará casa a Mi nombre” (v. 13), y “Yo le seré a él Padre, y él me será a Mí hijo” (v. 14). Tenemos que preguntarnos si estamos en capacidad de explicar a otros de qué manera estos versículos nos muestran el “diamante” contenido en la “caja” que es la Biblia. Si nos hacemos tal pregunta en presencia del Señor, nos daremos cuenta de nuestra gran carencia al respecto y de nuestra necesidad de ver mucho más sobre este asunto. Es probable que esto nos inspire a nuevamente profundizar en este ministerio con mucha oración.

EL SEÑOR ES PROBADO Y PLANTEA LA PREGUNTA DE PREGUNTAS

En el pasaje comprendido entre Mateo 21:23 y 22:46, aquellos que se oponían al Señor le formularon cuatro preguntas a fin de probarlo. Primero, los principales sacerdotes le preguntaron: “¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quién te dio esta autoridad?” (21:23). El Señor les respondió, como solamente Dios podría haberlo hecho, Él les dijo: “Yo también os haré una pregunta, y si me la contestáis, también Yo os diré con qué autoridad hago estas cosas” (v. 24). Entonces, les preguntó: “El bautismo de Juan, ¿de dónde era? ¿Del cielo, o de los hombres?” (v. 25). Únicamente Dios mismo pudo haber respondido así. Su respuesta hizo callar a los principales sacerdotes porque ellos sabían que todos consideraban a Juan como un profeta.

Después, en Mateo 22:15-22, los discípulos de los fariseos y los herodianos le preguntaron con respecto a cuestiones políticas. Ellos le preguntaron: “Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito pagar tributo a César, o no?” (v. 17). El Señor les pidió entonces que le mostraran una moneda y le mostraron un denario, que era la principal moneda de plata de los romanos. Puesto que ellos se encontraban en posesión de una de las monedas romanas, fueron puestos al descubierto; entonces el Señor procedió a preguntarles: “¿De quién es esta imagen, y la inscripción?” (v. 20). Cuando ellos respondieron: “De César”, Él les

dijo: “Devolved, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (v. 21).

La tercera pregunta provino de los saduceos y fue concerniente a la resurrección (vs. 23-33). Su pregunta suponía un ridículo escenario, en el cual una mujer se casaba con siete hermanos sucesivamente, los cuales morían en el mismo orden hasta que, finalmente, ella misma también moría. Los saduceos le preguntaron: “En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será ella mujer, ya que todos la tuvieron?” (v. 28). Los saduceos no creían en la resurrección, así que su manera de combatir contra la verdad era formular esta pregunta tan absurda. No obstante, el Señor les respondió de manera maravillosa diciéndoles: “en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento” (v. 30), y “respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo: ‘Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob?’ Dios no es Dios de muertos, sino de vivos” (vs. 31-32). En otras palabras, Él les dijo que si bien Abraham, Isaac y Jacob habían muerto, ellos serían resucitados.

Muchas veces los opositores son completamente ilógicos y dicen cosas absurdas. En cierta ocasión, durante una reunión para nuevos creyentes, un hermano que se oponía a la verdad y a la práctica de invocar el nombre del Señor preguntó: “¿Cómo podrían invocar en el nombre del Señor si les cerraran la boca cosiéndoles los labios?”. Esto es absurdo, es igual que el supuesto escenario que los saduceos le presentaron al Señor.

La cuarta pregunta que le hicieron al Señor fue concerniente a la ley, y procedió de un intérprete de la ley, un abogado. Esta persona versada en la ley le preguntó al Señor: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?” (v. 36). El Señor le respondió: “‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente’ Este es el grande y primer mandamiento. Y el segundo es semejante: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas” (vs. 37-40).

Entonces, el Señor, cambiando la situación, les formuló una pregunta a todos los que le interrogaban, planteándoles “la pregunta de preguntas”. Él les preguntó: “¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: De David” (v. 42). Entonces el Señor prosiguió diciéndoles: “¿Pues cómo David en el espíritu le llama Señor, diciendo: ‘Dijo el Señor a mi Señor. Siéntate a Mí diestra, hasta que ponga a Tus enemigos bajo Tus pies?’ Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo

suyo?” (vs. 43-45). En el versículo 44 el Señor cita Salmos 110:1 en el cual David escribió: “Jehová ha dicho a mi Señor: / Siéntate a mi diestra, / Hasta que ponga a Tus enemigos por estrado de Tus pies”. En este versículo, el nombre “Señor” denota a Cristo en ascensión. El Señor estaba diciendo: “Sí, el Cristo es hijo de David. Pero si David le llama Señor, ¿cómo puede ser Él hijo de David?”. Esta es la pregunta de preguntas. En Mateo 22:46 concluye diciendo: “Y nadie le podía responder palabra; ni se atrevió nadie desde aquel día a preguntarle más”.

EL HIJO DE DAVID LLEGA A SER EL SEÑOR DE DAVID Y, ASÍ, EDIFICA LA CASA DE DIOS

Con base en 2 Samuel 7:12-14a debemos ver la manera en que el hijo de David puede ser el Señor de David. En un sentido histórico, si Cristo es el hijo de David, esto quiere decir que David es Su antepasado, Su ancestro, y Jesucristo es su descendiente. Aunque la relación humana existente entre David y Jesús era más distante, ello sería análogo a que el tatarabuelo llamase a su tataranieta su Señor. ¿Cómo podría ser esto posible? Tenemos que ver el propósito de Dios. Dios desea edificar Su propio ser dentro del hombre y edificar al hombre dentro de Su propio ser. En Romanos 1:3-4 Pablo expone sobre 2 Samuel 7:12-14a y dice: “Acerca de Su Hijo, que era del linaje de David según la carne, que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor”. En el *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel* el hermano Lee dice:

David deseaba edificarle una casa a Dios, pero Dios le dio a entender que esto no era lo que Él ni David necesitaban. Dios le dijo a David que Él le levantaría a Uno que sería su linaje, el cual se llamaría el Hijo de Dios. Este linaje sería divino y humano ... Romanos 1:3-4, que corresponde a 2 Samuel 7:12-14a, dice que en resurrección el linaje de David, fue designado Hijo de Dios. Según el significado intrínseco, 2 Samuel 7:12-14a y Romanos 1:3-4 revelan a una persona humana y divina. (pág. 169)

Dios se edificó a Sí mismo en David al edificarse Él mismo dentro del linaje de David. María era una descendiente de David, y José también lo era. Dios entró al vientre de María edificándose así dentro del vientre de una virgen, y esta virgen era descendiente de David (Mt. 1:16; Lc. 3:23). Por tanto, Dios, en la encarnación, edificó Su propio Ser

dentro del hombre. Así, Dios mismo llegó a ser del linaje humano, la simiente de David.

Ahora debemos ver cómo esta simiente de David, Aquel que es de su linaje, puede edificar casa a nombre de Jehová (2 S. 7:12-13), una casa en la que Dios y el hombre moran el uno en el otro (Jn. 14:23). Dios edifica esta casa por medio de hacer que Aquel, del linaje de David, sea hecho el Hijo de Dios. Según Romanos 1:3-4, Aquel “que era del linaje de David según la carne, que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos...” En la encarnación, Cristo fue hecho una simiente del linaje humano, la simiente de David. Y en Juan 12:23-24, el Señor dice: “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”. El Señor no fue glorificado según el concepto de sus discípulos. Ellos pensaban que Él estaba a punto de ser hecho rey en Jerusalén y que ellos reinarian con Él. Ellos tenían en mente una glorificación terrenal, pero la glorificación según la manera del Señor corresponde a la manera en que una semilla es glorificada. El Señor como la simiente de David era un grano de trigo. Dios se había edificado dentro del hombre Jesús, y este hombre era un grano de trigo. Su humanidad, como un cascarón, contenía al Dios Triuno completo, pues en Él habitaba corporalmente toda la plenitud de la Deidad (Col. 2:9). Antes de Su crucifixión, Él era la simiente única, el único Dios-hombre, el único edificio de Dios. Él era la edificación de Dios, Dios edificado dentro del hombre.

En Juan 2:19 el Señor dijo: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”. “Este templo” se refiere al cascarón de Su humanidad, Su cuerpo humano. En su condición de simiente de David, el Señor pasó por un proceso. Él llevó una maravillosa existencia humana que nos sirve de modelo y nos muestra cómo debemos vivir a Dios para la edificación de la iglesia. Después, Él murió una muerte todo-inclusiva. En Su condición de Dios forjado en la humanidad, es decir, como Aquel que era del linaje de David, la simiente de David, Él se había vestido de la vieja creación (Col. 1:15) con el cascarón de Su humanidad, la cual se escondía Su esencia divina y la divinidad de la Deidad. Así pues, cuando Él, en su condición de grano de trigo, cayó en tierra y murió, incluso mientras moría, estaba resucitando. Su muerte, fue una muerte que liberó la vida divina.

En Lucas 12:49-50 el Señor dijo: “Fuego he venido a echar sobre la

tierra; y ¡cómo quisiera que ya estuviera encendido! De un bautismo tengo que ser bautizado; y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” Aquí, “bautismo” hace referencia a Su muerte, mientras que “fuego” hace referencia al impulso de la vida espiritual, un impulso que proviene de la vida divina del Señor que ha sido liberada del confinamiento en que se encontraba. Así pues, Jesús anhelaba que se llevase a cabo el bautismo de Su muerte de tal modo que el fuego de Su vida pudiese ser impartido al ser liberado de su confinamiento. Cuando el Señor murió en Su condición de grano de trigo, el cascarón de Su humanidad fue quebrantado, liberando tanto Su vida divina como Su gloria divina.

Cuando un grano de trigo resucita, lo hace con otra forma. En 1 Corintios 15:35-37 se nos dice: “Dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de algún otro grano”. Cuando uno observa un grano de trigo no es tan fácil decir qué clase de grano es. Probablemente podamos discernir que se trata de algún cereal, pero no tenemos certeza de que sea trigo. Sin embargo, una vez que este grano cae en tierra, muere, crece y madura, se manifestará clara y simplemente como trigo. Es decir, será claramente designado como trigo delante de todos. El Señor Jesús cayó en tierra y murió, y mientras moría en Su humanidad, Su divinidad era liberada del confinamiento en el que había estado. Por medio de Su encarnación, Él introdujo la divinidad a la humanidad. Mediante Su muerte y resurrección, Él introdujo Su humanidad a la divinidad. Su humanidad fue divinizada; ¡Él fue designado Hijo primogénito de Dios en Su humanidad, poseyendo tanto divinidad como humanidad! (Ro. 1:3-4; 8:29).

En la eternidad, Cristo era el Hijo unigénito de Dios, poseedor solamente de divinidad sin humanidad. Después, Él hizo que Su mismo ser fuese edificado en David por medio de edificarse en el linaje de David hasta llegar a ser su simiente. Entonces, Él introdujo la divinidad a la humanidad. Hasta ese momento, Su humanidad no tenía parte en la filiación divina. Sin embargo, mediante Su muerte, Su humanidad fue crucificada, y en resurrección fue elevada para ser introducida en la filiación divina. En Su resurrección Él fue engendrado por Dios para ser hecho el Hijo primogénito de Dios (Hch. 13:33); Él nació de nuevo en Su humanidad. Ahora, Él no es meramente el Hijo unigénito de Dios, sino también el Hijo primogénito de Dios, poseedor de divinidad

y también de humanidad, una humanidad que ha sido unida, mezclada e incorporada con Dios y dentro de Dios; esto es, Él es poseedor de una humanidad divinizada. Esta es la edificación de Dios dentro del hombre y del hombre dentro de Dios.

Mediante muerte y resurrección, el hombre Jesús es ahora el Hijo primogénito de Dios y, como tal, Él es el Señor de David. Él no es meramente el hijo de David; Él también es el Dios de David. El hijo de David, en resurrección y ascensión, es el Señor de David. El hombre Jesús, mediante Su muerte y resurrección, es ahora el Señor Jesús. Tal como David lo hizo en el salmo 110, ahora nosotros también, en espíritu, le llamamos Señor. ¡Jesús es el Señor!

Tenemos que tener bien claro que únicamente hay un solo hombre que es nuestro Señor y Dios: Jesús (Jn. 20:28). Sin embargo, tenemos que pasar por el mismo proceso por el cual Él pasó. En resurrección, Él fue hecho Espíritu vivificante (1 Co. 15:45b) para generarnos como los muchos hijos de Dios (He. 2:10-12; 1 P. 1:3). El único grano de trigo fue multiplicado para producir muchos granos de trigo. Por ser los muchos hijos de Dios, ahora nosotros tenemos que experimentar el mismo proceso de designación con miras a la edificación de Dios.

En su condición de primer Dios-hombre, Jesús era el único edificio de Dios, Su única edificación. En la encarnación Dios se edificó en el hombre, y en la resurrección, el hombre se edificó en Dios. Ahora, por medio de recibirle, Dios ha sido edificado en nuestro ser. Nosotros no solamente somos del linaje humano, sino que además, ¡somos hijos de Dios! (Jn. 1:12-13). Ahora tenemos que experimentar el mismo proceso que Jesús experimentó. Tenemos que seguir al Señor y caer a tierra para morir. Al morir diariamente a nuestro yo (1 Co. 15:31) y vivir por otra vida (Gá. 2:20; Fil. 1:21) según el modelo establecido por el primer Dios-hombre, nuestra humanidad es deificada. Las palabras *me será a Mí hijo* en 2 Samuel 7:14a en última instancia, se refieren a la iglesia como el Dios-hombre corporativo. Nosotros todos somos hijos de Dios y juntos conformamos Su Cuerpo, llegando a ser el Hijo de Dios corporativo. En su consumación, la Nueva Jerusalén es el Hijo de Dios. En Apocalipsis 21:7 dice: “El que venza heredará estas cosas, y Yo seré su Dios, y él será Mí hijo”. Esto nos muestra que la Nueva Jerusalén es la suma total de los hijos de Dios. La segunda nota de pie de página de la Versión Recobro del versículo 7 nos explica que: “En este versículo la palabra hijo no se refiere al pueblo de Dios, sino a los santos

que Dios ha redimido a lo largo de todas las generaciones. Los hijos de Dios morarán en la Nueva Jerusalén, participarán de todo su deleite, servirán a Dios y al Cordero, y reinarán por la eternidad (22:3-5)”. Dios es edificado en el hombre y el hombre en Dios a fin de producir un Dios-hombre. El edificio de Dios es un Dios-hombre. No llegamos a ser Dios en la Deidad, pero sí llegamos a ser Dios en vida, naturaleza, expresión y función. Por último, llegamos a ser la Nueva Jerusalén, el gran Dios-hombre corporativo, a fin de expresar a Dios por la eternidad.

UNA MANERA PRÁCTICA DE SER PARTÍCIPES DEL PROCESO DE DESIGNACIÓN

Para estar en este proceso de designación, es necesario que todos los días oremos la oración hecha por el apóstol Pablo en Efesios 3:16-19. En el *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel*, en la sección que abarca desde el mensaje 23 hasta el 31, el hermano Lee menciona repetidamente esta oración. Tenemos que pedir al Padre que nos fortalezca con poder conforme a las riquezas de Su gloria, por Su Espíritu en nuestro hombre interior. “Conforme a las riquezas de Su gloria” quiere decir que las riquezas de la gloria de Dios son constantemente impartidas a nuestro ser. Nosotros somos fortalecidos con el poder del Padre por Su Espíritu en nuestro hombre interior para que “Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe” (Ef. 3:17). En esto consiste la edificación de Sí mismo en nuestro corazón. Él está siendo edificado dentro nosotros y nosotros dentro de Él. Esta oración continúa: “A fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” (vs. 17-18). Ser arraigados en amor es crecer en la labranza de Dios, ser cimentados en amor es ser edificados como edificio de Dios (1 Co. 3:9). Nosotros somos labranza de Dios, Su sembradío, y Su edificación. La anchura, la longitud, la altura y la profundidad son las dimensiones de un cubo. Así pues, junto a todos los santos nosotros aprehendemos las dimensiones universales del Cristo que es un cubo. En la nota 3 de Efesios 3:18 en la Versión Recobro dice:

“En la experiencia que tenemos de Cristo, primero experimentamos la anchura de lo que Él es, y luego la longitud. Esto es horizontal. Cuando avanzamos en Cristo, experimentamos la altura y la profundidad de Sus riquezas. Esto es vertical. Nuestra experiencia de Cristo no debe ser unidimensional, como una línea, sino tridimensional, como un

cubo. En la experiencia que tenemos de Cristo debemos ir a la derecha y a la izquierda, subir y bajar, de manera que con el tiempo tal experiencia sea un “cubo sólido”.

Podemos afirmar que este cubo es el Lugar Santísimo y que por medio de experimentar a Cristo de este modo nosotros nos convertimos también en el Lugar Santísimo. Así pues, nos estamos haciendo iguales a Cristo.

A medida que somos fortalecidos en el hombre interior, crecemos. Estamos arraigados en la labranza de Dios y cimentados para que Él edifique Su propio ser en nuestro ser. Así, comprendemos con todos los santos las dimensiones universales de Cristo en Su anchura, Su longitud, Su altura y Su profundidad; es decir: las dimensiones del Cristo que es el Lugar Santísimo. Esta experiencia equilibrada, “cúbica”, de Cristo, nos salva de ser personas unidimensionales (*Estudio-vida de Efesios*, págs. 291-295). Entonces, llegamos a ser Sion, el Lugar Santísimo, y somos llenos hasta toda la plenitud de Dios para Su gloria y expresión. Todos debemos hacer esta oración todos los días.

Al finalizar su oración Pablo declara: “Ahora bien, a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros” (Ef. 3:20). Aún si nosotros no pudiéramos pedir tal cosa, todavía podríamos pensar en llegar a ser Dios en vida y naturaleza, y Él hará mucho más de lo que pensamos. Piensen acerca de los demás santos también. Entonces, más allá de lo que pidamos o pensemos, según el poder que opera en nosotros, a Él será “la gloria en la iglesia” (v. 21). “La gloria de Dios es forjada en la iglesia, y Él es expresado en la iglesia. Así que, a Dios es la gloria en la iglesia” (nota 2 en la Versión Recobro).

A medida que somos fortalecidos en nuestro hombre interior y le permitimos a Cristo edificar Su propio Ser en nuestro ser, somos embellecidos con todas las riquezas de Cristo. Esto se halla ilustrado en Génesis 24. En este capítulo están el Padre, el Hijo, el Espíritu y la novia. Dios el Padre (Abraham) envía al Espíritu (el sirviente de Abraham) a ir en busca de la novia (Rebeca) para Su Hijo (Isaac). El sirviente embellece a Rebeca con todas las riquezas de Isaac, y esto es lo que está ocurriendo con nosotros. El Espíritu nos está embelleciendo con todas las riquezas inescrutables de Cristo (Ef. 3:8).

Cuando somos fortalecidos en nuestro hombre interior, Cristo nos fortalece con Él mismo como el elemento. Sin embargo, tenemos que proveerle los nutrientes humanos. Cuánto de Dios en Cristo pueda ser edificado en nuestro ser dependerá, en gran medida, de lo que somos.

Según Mateo 13, Cristo se ha sembrado como simiente en nuestro ser (vs. 3-23). En el *Estudio-vida de 1 y 2 Samuel* el hermano Lee dice:

...La semilla se siembra y los elementos de la tierra la hacen crecer. La semilla no crece por sí misma, ella necesita los elementos que se hallan en la tierra. En Mateo 13 la semilla es la divinidad, mientras que la tierra con sus nutrientes es la humanidad. Cuando Dios nos creó, Él puso en nosotros ciertos nutrientes como preparación para entrar y crecer en nosotros. Dios creó el espíritu humano el cual contiene nutrientes humanos. Por ello, los seres humanos pueden creer en el Señor y recibirle.

La semilla que se sembró en nosotros es Cristo, la corporificación del Dios Triuno, y Su crecimiento depende del nutrimento que le proporcionemos. Cuantos más nutrientes le proveamos, más rápido crecerá la semilla y más pronto florecerá. (pág. 199)

Nuestro hombre interior regenerado posee los nutrientes humanos con los cuales el elemento divino se puede mezclar a fin de crecer en nuestro corazón, que es la buena tierra para Su edificación. Debemos prestar atención a nuestro hombre interior, debemos ejercitar nuestro espíritu, y debemos cuidar de nuestro corazón, diciendo: “Señor, quiero darte mi corazón. Deseo que mi corazón sea la buena tierra en la cual Tú crezcas. Quiero que Tú, la semilla, crezcas en mí; o sea, que Te edifiques en mí”.

**LA NUEVA JERUSALÉN ES LA MÁXIMA CONSUMACIÓN
DE LA OBRA DE EDIFICACIÓN
EN LA QUE DIOS SE FORJA EN EL HOMBRE
Y EL HOMBRE ES FORJADO EN DIOS, LO CUAL DA POR RESULTADO
LA EDIFICACIÓN DE UN MAGNÍFICO DIOS-HOMBRE CORPORATIVO
QUE ES LA MORADA MUTUA DE DIOS Y EL HOMBRE,
LA INCORPORACIÓN UNIVERSAL DEL DIOS TRIUNO
PROCESADO Y CONSUMADO Y EL HOMBRE TRIPARTITO
PROCESADO Y CONSUMADO**

La Nueva Jerusalén es la máxima consumación de la obra de edificación en la que Dios se forja en el hombre y el hombre es forjado en Dios, lo cual da por resultado la edificación de un magnífico Dios-hombre corporativo que es la morada mutua de Dios y el hombre, la incorporación universal del Dios Triuno procesado y consumado y el hombre tripartito procesado y consumado (Jn. 1:14; 2:19-21;

Ap. 21:3, 22). Al afirmar que el Dios Triuno es el Dios procesado y consumado queremos decir que Él pasó por un proceso y alcanzó Su consumación para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante. Ahora Él mora en nosotros y nosotros experimentamos el proceso de la salvación orgánica, un proceso que incluye nuestra regeneración, transformación y glorificación. Con el tiempo, al alcanzar nuestra consumación, llegaremos a ser Su novia edificada y estaremos mutuamente incorporados con Él en una relación matrimonial eterna.

EN 2 SAMUEL 7:12-14A ENCONTRAMOS UNA PROFECÍA EN TIPOLOGÍA QUE REVELA QUE EL DESEO QUE DIOS TIENE EN SU CORAZÓN ES FORJARSE EN EL HOMBRE (DIOS LLEGA A SER HOMBRE) Y FORJAR AL HOMBRE EN DIOS (EL HOMBRE LLEGA A SER DIOS), CON MIRAS A LA EDIFICACIÓN DE UN MAGNÍFICO DIOS-HOMBRE CORPORATIVO, LA NUEVA JERUSALÉN

En 2 Samuel 7:12-14a encontramos una profecía en tipología que revela que el deseo que Dios tiene en Su corazón es forjarse en el hombre (Dios llega a ser hombre) y forjar al hombre en Dios (el hombre llega a ser Dios), con miras a la edificación de un magnífico Dios-hombre corporativo, la Nueva Jerusalén. Que Dios se edifique en el hombre significa que Dios llega a ser hombre en la simiente de David (Ro. 1:3). Que el hombre sea edificado en Dios significa que el hombre llega a ser Dios por medio de que la simiente de David llega a ser el Hijo de Dios en Su humanidad (v. 4) y por medio de que nosotros, quienes somos la simiente de la humanidad, lleguemos a ser hijos de Dios, es decir, que lleguemos a ser plenamente divinizados, plenamente deificados, hasta que seamos plenamente designados como los hijos de Dios (8:28-29), lo cual será la manifestación de los hijos de Dios (v. 19). Toda la creación observa ansiosamente, aguardando con anhelo nuestra deificación (v. 19). Esto es para la edificación del magnífico Dios-hombre corporativo, quien es la Nueva Jerusalén.

El hecho de que la simiente de David llegara a ser el Hijo de Dios equivale a que Dios se forje en el hombre y forje al hombre en Dios con miras a la edificación de la casa de Dios, la cual es la morada mutua de Dios y el hombre; éste es el cumplimiento de la profecía más grande que hay en la Biblia

El hecho de que la simiente de David (v. 12) llegara a ser el Hijo de

Dios (v. 14a) equivale a que a Dios se forje en el hombre y forje al hombre en Dios con miras a la edificación de la casa de Dios, la cual es la morada mutua de Dios y el hombre (v. 13); éste es el cumplimiento de la profecía más grande que hay en la Biblia (Ro. 1:3-4; Mt. 16:18). La profecía más grande en hay en la Biblia es la palabra dada por el Señor en Mateo 16:18 donde Él nos dice: “Edificaré Mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella”. Él edifica Su iglesia al edificar a Dios en el hombre y al edificar al hombre en Dios, y esto lo consigue al hacer que Aquel que era la simiente de David, sea hecho Hijo de Dios.

**Cristo “era del linaje de David según la carne”
(en la encarnación, Dios se forjó en el hombre),
y fue “designado Hijo de Dios” (el hombre es forjado en Dios
en la resurrección)**

*Por medio de la encarnación, Cristo, el Hijo unigénito de Dios
en Su divinidad edificó a Dios en el hombre,
introduciéndolo en el linaje de David,
para llegar a ser la simiente de David, el hijo de David*

Cristo “era del linaje de David según la carne” (en la encarnación Dios se forjó en el hombre), y “fue designado Hijo de Dios” (el hombre es forjado en Dios en la resurrección) (Ro. 1:3-4). Por medio de la encarnación, Cristo, el Hijo unigénito de Dios en Su divinidad (Jn. 1:18), edificó a Dios en el hombre al hacerlo parte del linaje de David, para llegar a ser la simiente de David, el hijo de David. Cristo fue edificado, al introducirse en el linaje de David para que nosotros pudiésemos ser edificados en el linaje de Dios. Cristo fue el primer Dios-hombre.

*En la resurrección, la humanidad de Cristo
fue deificada, hijificada, lo cual significa
que Él llegó a ser el Hijo de Dios,
no solamente en Su divinidad sino también en Su humanidad;
en la resurrección, Él fue designado Hijo de Dios,
es decir, fue hecho el Hijo primogénito de Dios,
que poseía tanto divinidad como humanidad*

En la resurrección, la humanidad de Cristo fue deificada, hijificada, lo cual significa que Él llegó a ser el Hijo de Dios, no solamente en

Su divinidad sino también en Su humanidad; en la resurrección, Él fue designado Hijo de Dios, es decir, fue hecho el Hijo primogénito de Dios, que poseía tanto divinidad como humanidad (Ro. 1:3-4; 8:29). Ahora Cristo está en nosotros y Él nos lleva a experimentar el mismo proceso. Romanos 8:28-29 nos muestra que a los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados, a fin de que ellos sean conformados a la imagen del Hijo primogénito de Dios y lleguen a ser el Hijo corporativo de Dios, el gran Dios-hombre corporativo en este universo, es decir: la Nueva Jerusalén, la cual es la suma total de los hijos de Dios y la consumación de la edificación de Dios en el hombre y del hombre en Dios para gloria del Dios Triuno y para Su plena expresión.

*Si una simiente muere al ser enterrada,
con el tiempo brotará, crecerá y florecerá
en resurrección, debido a que la operación intrínseca
de la vida contenida en la simiente
se activa simultáneamente con la muerte;
en la resurrección Cristo “floreció”
como el Hijo primogénito de Dios, y también llegó a ser
el Espíritu vivificante a fin de impartirse, forjarse,
a Sí mismo como vida en nuestro ser
para hacerse nuestra constitución intrínseca*

Si una simiente muere al ser enterrada, con el tiempo brotará, crecerá y florecerá en resurrección, debido a que la operación intrínseca de la vida contenida en la simiente se activa simultáneamente con la muerte; en la resurrección Cristo “floreció” como el Hijo primogénito de Dios, y también llegó a ser el Espíritu vivificante a fin de impartirse, forjarse, a Sí mismo como vida en nuestro ser para hacerse nuestra constitución intrínseca (Jn. 12:23-24; Hch. 13:33; 1 P. 3:18). En la resurrección Cristo fue hecho el Hijo primogénito de Dios y Él nos produjo como los muchos hijos de Dios. Ahora Él es el Espíritu vivificante en nuestro espíritu de manera que Él puede hijificar todo nuestro ser. Él desea forjarse plenamente en nuestra humanidad a fin de deificarnos, de divinizarlos cabalmente, de modo que en nuestro espíritu, alma y cuerpo lleguemos a ser exactamente iguales a Él para que Él obtenga Su máxima expresión.

**NOSOTROS, QUIENES SOMOS DEL LINAJE HUMANO,
ESTAMOS LLEGANDO A SER HIJOS DE DIOS Y,
COMO TALES, POSEEMOS DIVINIDAD
Y ESTAMOS SIENDO “DIVINIZADOS” EN NUESTRA HUMANIDAD
MEDIANTE EL PROCESO METABÓLICO DE TRANSFORMACIÓN;
ESTE PROCESO METABÓLICO ES LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA
COMO CUERPO DE CRISTO Y CASA DE DIOS,
LA CUAL SE LLEVA A CABO AL FORJARSE DIOS EN EL HOMBRE
Y AL SER FORJADO EL HOMBRE EN DIOS,
LA CONSUMACIÓN DE LO CUAL SERÁ LA NUEVA JERUSALÉN
COMO EL MAGNÍFICO DIOS-HOMBRE CORPORATIVO,
EL CONJUNTO, LA TOTALIDAD, DE TODOS LOS HIJOS DE DIOS**

Nosotros, quienes somos del linaje humano, estamos llegando a ser hijos de Dios y, como tales, poseemos divinidad y estamos siendo “divinizados” en nuestra humanidad mediante el proceso metabólico de transformación; este proceso metabólico es la edificación de la iglesia como Cuerpo de Cristo y casa de Dios, la cual se lleva a cabo al forjarse Dios en el hombre y al ser forjado el hombre en Dios, la consumación de lo cual será la Nueva Jerusalén como el magnífico Dios-hombre corporativo, el conjunto, la totalidad, de todos los hijos de Dios (He. 2:10; Ap. 21:7; Ro. 8:28-29). La obra de edificación de la casa de Dios consiste en hacer que personas que pertenecen al linaje humano lleguen a ser hijos de Dios con divinidad. Así pues, la edificación de la casa de Dios es nuestra deificación, esto es, que Dios es edificado en el hombre y el hombre en Dios a fin de obtener el magnífico Dios-hombre corporativo, donde el Dios Triuno y el hombre tripartito transformado y glorificado moran el uno en el otro. Este es el cumplimiento de la profecía hecha a David: “Él me será a Mí hijo” (2 S. 7:14), y el cumplimiento de la profecía más grande que hay en la Biblia: “Yo ... edificaré Mi iglesia” (Mt. 16:18). La frase “Mi iglesia” en Mateo 16:18 es el cumplimiento corporativo de la declaración: “Él me será a Mí hijo” hallada en 2 Samuel 7:14. Este hijo corporativo es producido al edificarse Dios en el hombre y el hombre en Dios para que Dios y el hombre moren el uno en el otro. Ver esto hará que estemos perdidamente enamorados de Jesús. Cuando el hermano Lee abordó estos versículos durante el entrenamiento del Estudio-vida de 2 Samuel; le era imposible apartarse de estos versículos, pues en ellos él estaba tocando el anhelo del corazón de Dios, “el diamante” en “la caja” de la Biblia. El enemigo aborrece esto, pero las puertas del Hades

no pueden prevalecer contra la edificación de este magnífico Dios-hombre corporativo.

**La vida del Hijo de Dios ha sido sembrada en nuestro espíritu;
ahora nosotros, al igual que una simiente
que ha sido sembrada en la tierra, debemos pasar
por el proceso de la muerte y la resurrección**

La vida del Hijo de Dios ha sido sembrada en nuestro espíritu; ahora nosotros, al igual que una simiente que ha sido sembrada en la tierra, debemos pasar por el proceso de la muerte y la resurrección (Ro. 8:10; Jn. 12:24-26). En Juan 12:24 el Señor dijo: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto”. Inmediatamente después de que Él hablara de caer en tierra y morir para producir muchos granos, Él habló de cómo estos granos necesitan seguirle. En los versículos 25 y 26 Él declara: “El que ama la vida de su alma la perderá; y el que la aborrece en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde Yo esté, allí también estará Mi servidor. Si alguno me sirve, Mi Padre le honrará”. Necesitamos seguir al Señor por medio de pasar por los procesos de la muerte y la resurrección. El Padre nos honra cuando morimos a nosotros mismos y vivimos por la vida de resurrección. No hay más grande honor que ser deificados, hijificados y estar plenamente unidos, mezclados e incorporados con Dios para formar parte del magnífico Dios-hombre corporativo. Necesitamos aborrecer nuestra vida del alma, rechazarla y vivir por otra vida a fin de que las facultades de nuestra alma puedan ser divinizadas, elevadas y transformadas, siendo llevadas a la resurrección.

El libro de Job nos muestra que nuestros sufrimientos y nuestros fracasos sirven para demoler nuestro hombre natural y hacen que, con un sentido de urgencia, oremos, diciendo: “Señor, te necesito. No puedo vivir sin Ti. No tengo gozo ni felicidad aparte de Ti. Dependo de Ti para todo”. En el libro *The Building Work of God* [La obra de edificación que Dios realiza] hay una sección titulada “El quebrantamiento: un requisito para la edificación” (pág. 62). Es preciso que experimentemos este tipo de quebrantamiento. Job le dijo al Señor: “De oídas te había oído; / Mas ahora mis ojos te ven. / Por tanto me aborrezco, / Y me arrepiento en polvo y ceniza” (42:5-6). En *Life-study of Job* [Estudio-vida de Job] el hermano Lee dice: “Mientras más vemos a Dios y le amamos, más nos aborrecemos a nosotros mismos. Mientras más conocemos a Dios, más

nos negamos a nosotros mismos” (pág. 158). No obstante, no debemos esperar hasta ser completamente derribados para ver a Dios. Cada vez que nuestro corazón se vuelve al Señor, podemos ver a Dios (2 Co. 3:16). El Dios que vemos es El-bet-el, el Dios de la casa de Dios; vemos al Dios que edifica y al Dios edificado. El Dios edificado finalmente equivale al magnífico Dios-hombre corporativo. Cada día es necesario que pasemos un tiempo personal con el Señor a fin de ver a Dios. Cuando vemos a Dios, nosotros ganamos a Dios, amamos a Dios y espontáneamente nos aborrecemos a nosotros mismos. Según 2 Corintios 3:18, al contemplar a Dios, somos infundidos con las riquezas de Dios y somos transformados a Su imagen. Es necesario que todo el día volvamos nuestro corazón al Señor. Nosotros debemos orar: “Señor, haz que todo el día mi corazón esté vuelto hacia Ti. Quiero contemplarte, quiero verte y aborrecerme a mí mismo. Quiero ganar a Dios y ser infundido con Dios a fin de llegar a ser Dios para el edificio de Dios”. Es de crucial importancia que dediquemos un tiempo al inicio de cada día para volver nuestro corazón al Señor a fin de ver a Dios.

*Perder la vida de nuestra alma por medio de la muerte
hace que nuestro hombre exterior sea consumido pero,
por otra parte, causa que la vida
que está en nuestro interior crezca, se desarrolle y,
finalmente, florezca; en esto consiste la resurrección*

Perder la vida de nuestra alma por medio de la muerte hace que nuestro hombre exterior sea consumido pero, por otra parte, causa que la vida que está en nuestro interior crezca, se desarrolle y, finalmente, florezca; en esto consiste la resurrección (1 Co. 15:31, 36; 2 Co. 4:10-12, 16). En 1 Corintios 15:31 Pablo dijo: “Cada día muero”. Él no sólo arriesgaba a muerte su vida física, sino que además moría a sí mismo y cada día vivía a Dios. Para Pablo, el vivir era Cristo (Fil 1:21). Él vivía a Cristo y moría a sí mismo. Pablo también dijo: “Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere” (1 Co. 15:36). La semilla de nuestra humanidad necesita ser sembrada. La causa por la que no estamos viviendo es por que no hemos muerto. Si morimos a nosotros mismos, si rechazamos nuestra vida del alma, si vivimos por otra vida y vemos a Dios de una manera nueva y fresca todos los días, seremos vivificados en resurrección. Esta fue la experiencia de Pablo en 2 Corintios 4 cuando dijo: “Llevando en el cuerpo siempre por todas

partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos” (v. 10).

Cuanto más crecemos en la vida divina —lo cual redundará en nuestra transformación en vida—, más somos designados hijos de Dios con miras a que seamos deificados para formar parte del edificio de Dios

Cuanto más crecemos en la vida divina —lo cual redundará en nuestra transformación en vida—, más somos designados hijos de Dios con miras a que seamos deificados para formar parte del edificio de Dios (1 Co. 3:9). Al igual que una semilla que crece al ser sepultada en la tierra, nosotros también le permitimos a Dios crecer en nuestro ser todas las veces que somos sepultados en medio de nuestras circunstancias. A medida que la vida divina crece en nuestro ser, nosotros somos designados hijos de Dios, de la misma manera en que Cristo, en Su humanidad, fue designado Hijo de Dios en resurrección (Ro. 1:3-4). Ser designados hijos de Dios equivale a ser deificados para formar parte del edificio de Dios.

Si hemos de crecer, debemos alimentarnos con la leche de la palabra dada sin engaño y con el alimento sólido de la palabra

Si hemos de crecer, debemos alimentarnos con la leche de la palabra dada sin engaño y con el alimento sólido de la palabra (1 P. 2:2; He. 5:12-14). Es necesario que cada día nos alimentemos de la Palabra y que bebamos la leche de la Palabra. La Biblia es un libro asombroso. Si leemos la Biblia con oración, ésta espontáneamente nos deificará; llegaremos a ser otra persona. Todos nosotros somos una milagrosa estructura de tesoro, pero todos tenemos un camino largo por recorrer. Por esto, necesitamos alimentarnos de la Palabra. Se cuenta de un estadounidense incrédulo que estaba de visita en el África cuando se encontró con un nativo que leía la Biblia. El incrédulo comenzó a burlarse de aquel nativo porque éste estaba leyendo la Biblia, no obstante, el nativo señaló a su estomago y le contestó: “Si no fuera por este libro, tú estarías ahora mismo aquí adentro”. El nativo había sido un caníbal antes de ser salvo. Alimentarnos del Señor en la Palabra causa que seamos transformados.

*Si hemos de crecer,
es necesario que los miembros dotados nos “rieguen”*

Si hemos de crecer, es necesario que los miembros dotados nos

“rieguen” (1 Co. 3:6b; Jn. 7:37-39; Pr. 11:25). Es necesario que seamos “regados en las reuniones”. Cuando los santos hablan, nosotros somos regados. Todos nosotros necesitamos hablar para fluir, y así regar a otros.

Por causa de todas las cosas de nuestro entorno y mediante nuestros fracasos, nuestro repugnante yo es derribado, y el Señor tiene mayor oportunidad para hacer Su obra en nosotros

Por causa de todas las cosas de nuestro entorno y mediante nuestros fracasos, nuestro repugnante yo es derribado, y el Señor tiene mayor oportunidad para hacer Su obra en nosotros (Ro. 8:28-29). No debemos desanimarnos cuando nuestros fracasos ponen en evidencia lo que somos. No nos hacemos peores por causa de nuestros fracasos; de hecho, nosotros ya éramos malos, pero simplemente no nos habíamos dado cuenta de ello. La mayoría de nosotros pensamos que estamos bien, pero cuando experimentamos fracasos, comprendemos lo terribles que somos y cuánto necesitamos ser reemplazados con Cristo.

Romanos 8:28 dice que todas las cosas cooperan para bien. El “bien” en este versículo es que nosotros seamos transformados y conformados a la imagen de Cristo (v. 29). La clave para experimentar este bien es que éste bien viene “a los que aman a Dios” (v. 28). Nosotros necesitamos amarle por causa de Su edificación.

Un día este proceso concluirá, y por la eternidad nosotros seremos iguales a Cristo, el Hijo primogénito de Dios, en nuestro espíritu, alma y cuerpo

Un día este proceso concluirá, y por la eternidad nosotros seremos iguales a Cristo, el Hijo primogénito de Dios, en nuestro espíritu, alma y cuerpo (1 Jn. 3:2; Ro. 8:19, 23; *Himnos*, #433, estrofa 2). La estrofa 2 en el himno #433 dice: “Me ha regenerado en mi espíritu, / Hoy mi alma transformada está; / Cambiará mi cuerpo, como el de Él será, / Y todo mi ser lo igualará”. Luego el coro comienza diciendo: “¡Gloria, gloria, Cristo es vida en mí!”

En la resurrección, Cristo fue designado Hijo de Dios en Su humanidad, y por medio de esta resurrección nosotros también estamos en el proceso de ser designados hijos de Dios

En la resurrección, Cristo fue designado Hijo de Dios en Su humanidad, y por medio de esta resurrección nosotros también estamos en el proceso de ser designados hijos de Dios (Ro. 8:11; cfr. Os. 6:1-3). En

Romanos 8:11 se nos dice: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por Su Espíritu que mora en vosotros”. El Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús es el Espíritu del Dios Triuno que nos resucita. El mismo que levantó de los muertos a Jesús mora en nosotros. El Dios Triuno que nos resucita mora en nosotros como el Espíritu e imparte la vida *zoe* a nuestros cuerpos mortales mediante Su Espíritu que mora en nosotros.

Debemos hacer oraciones con los versículos mencionados en este mensaje. Después que el Señor le hizo a David la promesa contenida en 2 Samuel 7:12, David no solamente se regocijó a causa de tal promesa para después hacerla a un lado; sino que en el versículo 18 se nos dice: “Y entró el rey David y se sentó delante de Jehová”. Esto significa que él permaneció delante de Jehová. Luego él oró acerca de lo que el Señor le había hablado (vs. 18-29) y en el versículo 25 él le dijo al Señor: “Haz conforme a los que has dicho”. Después de leer todos estos mensajes, nosotros debemos orar: “Señor, haz conforme a lo que has dicho”. Creo con todo mi corazón que Él hará conforme a lo que Él nos ha hablado.

Oseas 6:1-2 dice: “Venid y volvamos a Jehová; porque Él nos desgarró y nos curará; nos hirió, y nos vendará. Nos dará vida después de dos días; en el tercer día nos resucitará, y viviremos en Su presencia”. En la nota del versículo 2 de *Holy Bible, Recovery Version* [Santa Biblia, Versión Recobro], el hermano Lee señala que los dos primeros días aquí mencionados probablemente se refieren a los dos mil años de la historia de la iglesia desde que el pueblo judío fue esparcido en 70 d. de C. y que el tercer día probablemente se refiere al milenio. En el reino de mil años, todos los vencedores serán levantados para disfrutar plenamente a Cristo y reinarán con Él por mil años. Hoy, es menester que experimentemos a Cristo como la realidad del tercer día y que vivamos en Su presencia, lo cual significa vivir en nuestro espíritu.

Este proceso en el cual somos designados, hijificados, deificados, es el proceso de la resurrección, que consta de cuatro aspectos principales: la santificación, la transformación, la conformación y la glorificación

Este proceso en el cual somos designados, hijificados y deificados, es el proceso de la resurrección, que consta de cuatro aspectos principales: la santificación, la transformación, la conformación y la glorificación (Ro. 6:22; 12:2; 8:29-30).

La clave del proceso en el cual somos designados hijos de Dios es la resurrección, la cual es el Cristo que mora en nosotros y que, como tal, es el Espíritu que levanta, el Espíritu que designa, el poder de vida presente en nuestro espíritu

La clave del proceso en el cual somos designados hijos de Dios es la resurrección, la cual es el Cristo que mora en nosotros y que, como tal, es el Espíritu que resucita, el Espíritu que designa, el poder de vida presente en nuestro espíritu (Jn. 11:25; Ro. 8:10-11; Hch. 2:24; 1 Co. 15:26; 5:4). El Espíritu en nuestro espíritu es un Espíritu que levanta, un Espíritu que designa, un Espíritu que deifica. Romanos 1:4 dice: “Que fue designado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos, Jesucristo nuestro Señor”. El Espíritu de santidad en este versículo se refiere a la esencia divina de Cristo, Su divinidad. Ahora, en resurrección, Cristo ha llegado a ser el Espíritu todo-inclusivo, compuesto, vivificante, siete veces intensificado, que levanta, designa y deifica, el cual mora en nuestro espíritu. Nosotros necesitamos tocarle cada día a fin de que podamos pasar por el proceso en virtud del cual somos designados.

La realidad de la resurrección es el Espíritu vivificante, el Espíritu que designa, el Espíritu que levanta. Este Espíritu que levanta es el poder de la vida divina en nuestro espíritu. La resurrección es el poder de la vida divina. Este poder de la vida divina, el cual mora en nuestro espíritu, prevalece sobre todo lo negativo, especialmente sobre la muerte. En Hechos 2:24 se nos dice: “Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella”. Era imposible que Cristo fuese retenido por la muerte. Él prevaleció sobre todas las cosas, especialmente sobre la muerte. El enemigo siempre nos ataca con la muerte. Es necesario que veamos lo que la muerte es. La muerte puede venir en la forma de debilidades, celos, oscuridad, orgullo, crítica o rumores. La muerte viene para suprimirnos, deprimirnos y oprimirnos. Cuando viene la muerte, nosotros necesitamos ejercitar nuestro espíritu para tocar al Espíritu que levanta, el cual está dentro de nosotros.

Tenemos la urgente necesidad de aprender a andar conforme al espíritu, a disfrutar y experimentar al Espíritu que designa

Tenemos la urgente necesidad de aprender a andar conforme al

espíritu, a disfrutar y experimentar al Espíritu que designa (Ro. 8:4, 14). Debemos manifestar inmenso aprecio por este Espíritu que mora en nuestro espíritu por medio de hacerle caso a nuestro espíritu (Mal. 2:16). De hecho, al ejercitar nuestro espíritu “activamos” al Espíritu que designa. Cuando hacemos esto, la vida de resurrección que ésta en nuestro espíritu, la cual es el poder de la vida divina, prevalece sobre toda cosa negativa en nuestro ser engullendo toda muerte que pueda encontrar en nuestro ser. Este poder de la vida divina también produce crecimiento, transformación y conformación. Siempre que tocamos el Espíritu que está en nuestro espíritu, el Espíritu imparte a nuestro ser todas las cosas positivas que pertenecen al Dios Triuno procesado y consumado, es decir, todos Sus ingredientes, ricos y abundantes, incluyendo los procesos por los que Él pasó, así como aquello que Él logró y obtuvo.

El Espíritu que mora en nuestro espíritu hace que seamos levantados. En Éxodo 30:23-25 el Espíritu es tipificado por el unguento compuesto, que incluye el cálamo, una caña que crecía muy alto en lugares pantanosos. Puede que nuestra situación sea “pantanososa”. Pero cuando tocamos al Espíritu, Él se levanta en nosotros. El unguento compuesto también contenía casia, el cual era usado como repelente para insectos y serpientes en los tiempos antiguos. Cuando tocamos el Espíritu que está en nuestro espíritu, éste repele los demonios y todo lo negativo.

*Cuanto más contacto tenemos con el Espíritu,
más somos santificados, transformados, conformados y glorificados,
a fin de que lleguemos a ser Dios en vida y en naturaleza,
mas no en la Deidad, por el bien de la edificación
del Cuerpo de Cristo, lo cual tendrá
su consumación en la Nueva Jerusalén*

Cuanto más contacto tenemos con el Espíritu, más somos santificados, transformados, conformados y glorificados, a fin de que lleguemos a ser Dios en vida y en naturaleza, mas no en la Deidad, por el bien de la edificación del Cuerpo de Cristo, lo cual tendrá su consumación en la Nueva Jerusalén (1 Co. 12:3; Ro. 10:12; 8:15-16; Gá. 4:6). No debiéramos subestimar nuestra práctica de invocar el nombre del Señor. Cuanto más se haya desarrollado la vida divina en nosotros, mayor será nuestro aprecio por la práctica de invocar el nombre del Señor. En medio de nuestras debilidades podemos clamar: “¡Oh Señor

Jesús!”. Cuando nos levantemos en la mañana y durante todo el día, necesitamos decir: “Oh Señor Jesús, te amo. Señor Jesús, te amo por causa de Tu edificio. Te amo para que así, junto con todos los santos, podamos llegar a ser la morada donde Dios y el hombre moren el uno en el otro para que Tú seas glorificado. Te amo como El-bet-el. Oh Señor Jesús”. Cuando invocamos el nombre del Señor, Él es rico para con nosotros (Ro. 10:12).

También necesitamos clamar: “¡Abba, Padre!” (Gá. 4:6). No sólo debemos clamar así en la mesa del Señor sino también en nuestra vida diaria. Nosotros no clamamos “¡Abba, Padre!” lo suficiente. Necesitamos decir: “¡Abba, Padre! Padre, te necesito”. La palabra *Abba* implica afecto, como en español la palabra *papito*. Clamar “¡Abba, Padre!” reconforta el corazón del Padre de la misma manera en que el corazón de un padre es reconfortado cuando oye a su hijo llamarle “¡papito!”. Debemos clamar “¡Abba, Padre!” especialmente cuando atravesamos periodos de sufrimiento por causa del edificio de Dios. Cuando el Señor estaba orando en Getsemaní, antes de Su crucifixión, Él dijo: “Abba, Padre” (Mr. 14:36). Nosotros podemos hacer esto de una manera sencilla a fin de ser deificados. Esto llevará la Nueva Jerusalén a su consumación (Ap. 21:7).

**MIENTRAS LABORAMOS PARA DIOS HOY,
DEBEMOS PARTICIPAR EN LA OBRA DE EDIFICACIÓN
QUE ÉL ESTÁ LLEVANDO A CABO, A SABER,
LA CONSTITUCIÓN INTRÍNSECA FORMADA AL SER
FORJADO EL ELEMENTO DIVINO EN EL ELEMENTO HUMANO
Y AL SER FORJADO EL ELEMENTO HUMANO
EN EL ELEMENTO DIVINO**

Mientras laboramos para Dios hoy, debemos participar en la obra de edificación que Él está llevando a cabo, a saber, la constitución intrínseca formada al ser forjado el elemento divino en el elemento humano y al ser forjado el elemento humano en el elemento divino (Jn. 14:20; 15:4a; 1 Jn. 4:15). El Señor, refiriéndose al día de Su resurrección, dijo en Juan 14:20: “En aquel día vosotros conoceréis que Yo estoy en Mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros”. Para que esto se lleve a cabo hasta que seamos plenamente edificados en Dios y que Él sea plenamente edificado en nosotros, es necesario que cada día permanezcamos en el Señor. Necesitamos morar en Él, permanecer en Él y que Él permanezca en nosotros (15:4a).

**Nuestra necesidad es que Dios, en Cristo,
se forje en nosotros, de modo que nuestro corazón,
nuestra constitución intrínseca, llegue a ser Su hogar**

Nuestra necesidad es que Dios, en Cristo, se forje en nosotros, de modo que nuestro corazón, nuestra constitución intrínseca, llegue a ser Su hogar (Ef. 3:16-19). El folleto escrito por el hermano Lee titulado *La manera en que se edifica la iglesia* se basa en la oración que está en Efesios 3:16-19. Allí el hermano Lee nos insta a orar-leer estos versículos (pág. 21). En cierta ocasión, un hermano, que estaba en el entrenamiento de tiempo completo, vino a mí con muchos problemas y le dije: “Mi receta para ti es que ores-leas Efesios 3:16-19 todos los días por un mes”. Después de que él hizo esto, llegó a ser una persona diferente. Todos necesitamos orar-leer estos versículos diariamente.

**Necesitamos poner en práctica una sola cosa:
ministrar al Dios Triuno procesado y consumado en otros,
de manera que Él pueda forjarse
en el hombre interior de ellos; debemos orar pidiendo
al Señor que nos enseñe a laborar de esta manera**

Necesitamos poner en práctica una sola cosa: ministrar al Dios Triuno procesado y consumado en otros, de manera que Él pueda forjarse en el hombre interior de ellos; debemos orar pidiendo al Señor que nos enseñe a laborar de esta manera (2 Co. 13:14; 1 Co. 3:9a, 10, 12a). Nosotros necesitamos orar, diciendo: “Señor, sálvame de la tragedia de ministrar la madera de mi hombre natural, la hojarasca de mi carne o el heno de una fuente terrenal. Sálvame de carecer de la vida divina. Edifícate en mi ser”. Primero debemos permitirle al Señor que se forje en nuestro ser, entonces nosotros podremos ministrar este Señor a otros como el Dios que edifica y como el Dios edificado. El Dios edificado no sólo es el Dios-hombre corporativo, sino también el Dios edificado en nuestra constitución intrínseca mediante nuestra oración y nuestro orar-leer.

En el libro *Watchman Nee: Un siervo que recibió la revelación divina en esta era*, que es una reseña biográfica del hermano Nee hecha por el hermano Lee, hay un capítulo que se titula “Prestar más atención a la vida que a la obra” (págs. 85-88). En este capítulo el hermano Lee habla acerca del hermano Nee diciendo: “En toda mi vida, él fue la única persona que conocí que le daba más importancia a la vida que a la obra”

(pág. 87). El hermano Lee también dijo: “Watchman Nee, mediante 1 Corintios 3:12-15, vio que lo que verdaderamente importaba con respecto a nuestra obra no era la cantidad sino la calidad” (pág. 86). Así como una onza de oro tiene mayor valor que una montaña de heno, de igual manera ministrar un poco de Dios a otros vale mucho más que edificar algo grandioso con nuestro hombre natural.

El simple hecho de ganar un poco de Dios cada día y de ministrar a Dios a otros es algo que tiene valor eterno, es algo que pertenece a la Nueva Jerusalén. Por causa de esto, el hermano Lee dijo al final de su vida que en nuestro vivir debemos poner de manifiesto la Nueva Jerusalén y que nuestra obra debe consistir en hacer realidad la Nueva Jerusalén. El tema general de los bosquejos que el hermano Lee preparó para la Conferencia para ancianos y colaboradores celebrada en abril de 1997 fue: *The New Jerusalem—The Highest Point of the Apostles’ Living and Work* [La Nueva Jerusalén: el nivel cumbre del vivir y de la obra de los apóstoles]. Las dos secciones principales de esos bosquejos fueron: “El punto culminante del vivir de los apóstoles: Vivir la Nueva Jerusalén” y “El punto culminante de la obra de los apóstoles: Hacer realidad la Nueva Jerusalén” (véase *The Ministry* [El ministerio] tomo 1, núm. 1). A medida que Dios es edificado en nuestro ser al orar pidiendo ser fortalecidos en nuestro hombre interior para que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón, nosotros somos hechos la Nueva Jerusalén. Asimismo, al ministrar a otros el Dios que edifica y que se ha edificado en nosotros, realizamos la obra de edificar la Nueva Jerusalén. Esto es lo que da sentido a nuestras vidas, lo que da sentido y significado al universo y es el deseo del corazón de Dios.

**Quando edificamos la iglesia
con el Dios Triuno procesado y consumado,
no somos nosotros quienes realmente edificamos;
más bien, es Dios quien edifica mediante nosotros,
valiéndose de nosotros como el medio
a fin de impartirse y transmitirse a otros**

Quando edificamos la iglesia con el Dios Triuno procesado y consumado, no somos nosotros quienes realmente edificamos; más bien, es Dios quien edifica mediante nosotros, valiéndose de nosotros como el medio a fin de impartirse y transmitirse a otros (Hch. 9:15). El Señor dijo en Hechos 9:15 que Pablo era un vaso escogido. Es mucho lo que podemos decir con respecto a la manera en que debemos profetizar y

ministrar a Dios a las personas, pero jamás olvidaré lo que el hermano Lee una vez me dijo: “Profetizar requiere de mucha oración”. Es necesario que oremos. Tenemos que seguir el ejemplo de los apóstoles, quienes se dieron ellos mismos a orar y a ministrar la palabra (6:4). La realidad de la práctica de guardar el sábado, el día de reposo, debe ser experimentada por nosotros al descansar con Dios, al disfrutar de Dios, al orar a Dios que mora en nuestro ser y al llevar a otros delante de Dios en oración; todo ello a fin de poder ministrar a Dios a los demás (véase el mensaje 9).

**La consumación de este proceso de edificación
será la Nueva Jerusalén por la eternidad,
en la cual los redimidos de Dios
serán el tabernáculo donde Dios podrá morar
y Dios mismo será el templo
donde Sus redimidos podrán morar**

La consumación de este proceso de edificación será la Nueva Jerusalén por la eternidad, en la cual los redimidos de Dios serán el tabernáculo donde Dios podrá morar y Dios mismo será el templo donde Sus redimidos podrán morar (Ap. 21:3, 22). Esta es la consumación de la edificación de Dios en el hombre y del hombre en Dios que resulta en la edificación de ese magnífico Dios-hombre corporativo que es la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es tanto aquello en lo cual nos estamos convirtiendo como aquello que edificamos. Debemos abrigar el anhelo de ser la Nueva Jerusalén en el reino milenial. Tenemos que orar con respecto a las palabras recibidas sentándonos delante del Señor, tal como lo hizo David, y orar: “Señor, haz conforme a lo que has dicho”. Debemos orar así con respecto a la economía eterna de Dios. La economía eterna de Dios consiste en hacernos iguales a Él en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, y en que Dios se haga uno con el hombre y el hombre uno con Él, a fin de que Dios mismo sea agrandado y expandido en Su expresión, para que todos Sus atributos divinos sean expresados mediante virtudes humanas.—E. M.

INFORMES

SITUACIÓN DE LA OBRA EN EUROPA Y LA CARGA PRESENTE

En el tiempo tan breve que hemos estado en la Casa Bower, hemos visto al Señor moverse de muchas maneras, y hemos experimentado la gran bendición de tener esta nueva propiedad. Hace poco hemos descubierto que en uno de los cinco aeropuertos de Londres, el cual queda a sólo 30 minutos de la Casa Bower, están planeando hacer otra pista de aterrizaje debido al aumento del tráfico aéreo entre Europa continental y el Reino Unido. Esto lo convertirá en uno de los principales aeropuertos de toda Europa. Asimismo, el servicio de trenes de alta velocidad entre Londres y París así como entre Londres y Bruselas, el Eurostar, empezará dentro de poco tiempo a circular desde la estación Stratford, que es la siguiente parada después de la estación de Romford, cerca de la Casa Bower. Stratford es también el lugar central para las Olimpiadas de Verano del 2012. Así que nos hemos venido dando cuenta de que la ubicación de la Casa Bower, dentro del área metropolitana de Londres, tiene más ventajas de la que habíamos previsto.

Hasta el presente hemos recibido £1,350,588 (US \$2,363,529) para la compra de la Casa Bower. Esta cantidad es aproximadamente el 38% del valor total de la compra. Nos sentimos muy animados por la generosidad de todo el Cuerpo. Como hemos mencionado en nuestros informes anteriores sobre esta propiedad, cualquier santo que desee participar enviando su donativo, puede hacerlo usando la información bancaria de **LME** o **Amana Trust** que se provee a continuación.

LME
P.O. Box 9107
Anaheim, CA 92812
USA
Tel: 714-828-4411
Fax: 714-828-4422
E-mail:
anaheim@lordsmove.org

Amana Trust
Bower House
Orange Tree Hill
Romford RM4 1PB, United Kingdom
Tel: +44 170 838 0300
Fax: +44 170 838 0333
E-mail:
property@amanatrust.org.uk